

## EN LAS MURALLAS DE TROYA.

Personajes: Helena y Paris.

*En lo alto de la muralla Helena y Paris contemplan el caballo de madera que los griegos han dejado en la llanura ante las puertas de Troya. En silencio Paris con la mirada perdida se muestra muy preocupado.*

**Helena (H).** ¿En qué piensas, esposo mío? Tu rostro no es más que el reflejo de la preocupación y del dolor. ¿Acaso no estás alegre porque los griegos abandonaron las llanuras de Troya? ¿No han sido suficientes diez años de combates y de muerte? Ven. (*Le da la mano e intenta sacarlo de su ensimismamiento*). Vayamos al interior del palacio a ver cuál es la resolución que los príncipes troyanos han tomado.

**Paris (P).** ¡Qué ilusas sois siempre las mujeres! Pensáis que ha llegado el fin de los males, cuando tal vez sea el inicio de nuestras desgracias lo que esté delante de nuestras puertas. Más os valdría apartaros de los asuntos de los hombres y dedicaros a vuestras tareas, la rueca y la crianza de los hijos. Dejad que los hombres se ocupen de los asuntos de la guerra y callad cuando el esposo meditabundo vaya a decidir sobre algo.

**H.** Amor mío, no me trates como si fuera una perra que viene a mendigar los mendrugos de pan a tu mesa. Soy tu esposa. Tú me trajiste aquí y hemos compartido momentos muy dolorosos. Dejé mi patria, Esparta, a mi esposo y a mi hija de nueve años por ti. Por ti perdí mi honra, por ti seré considerada entre todos una mala mujer, una adúltera que causó una guerra terrible y cruel. Lo sé y lo acepto. Pero ahora todo llega a su fin. Mira. Mira hacia la costa, más allá de la llanura. Los barcos de los griegos se han marchado. No queda rastro de su campamento. Tan sólo ese caballo que no es más que un regalo para los dioses que no podemos rechazar. No temas. Piensa en lo que le ha pasado a Laocoonte, el sacerdote de Apolo. Insistía en que no había que fiarse de los griegos, ni cuando hacen regalos. Intentó por todos los medios convencernos de que ese caballo no es más que un engaño y arrojó su lanza contra él, que se hundió temblorosa en su vientre lígneo. Pero los dioses no permiten ultrajes de los hombres. Más tarde, cuando realizaba un sacrificio al dios Poseidón, éste no lo aceptó. El mar se embraveció, las olas crecieron hasta tocar el cielo y de las profundidades del ponto surgió una sierpe monstruosa que se arrastró hasta la playa. Todavía puedes ver allí sobre la arena los surcos que dejó la serpenteante bestia. Laocoonte no daba crédito a lo que pasaba. Paralizado agarraba fuertemente a sus dos hijos que lo acompañaban en el sacrificio y miraba con sorpresa hacia la hidra que se abalanzaba sobre ellos. Nada pudo hacer para evitar lo que los dioses habían decidido: el castigo a la soberbia y la impiedad de los mortales. Abrazado a sus hijos el enorme monstruo lo arrastró a las profundidades de las vinosas aguas.

**P.** Calla. También yo he visto el sangriento espectáculo. Pero no está clara la interpretación que los adivinos de la ciudad hacen del presagio. ¿Quién sabe qué es lo mejor ahora? ¿No te resulta extraño que después de 10 largos años de guerra, en la que han perecido los más valientes

guerreros dánaos y troyanos, todo acabe de una manera tan sencilla? ¿A qué viene a abandonar el campamento sin haber conseguido su objetivo? ¿Acaso algún dios los arrastró al proceloso mar para acabar con su injusta guerra? ¿O tal vez permanecen ocultos en algún lugar esperando el mejor momento para aprovechar nuestra confianza? Estas son las cosas que los hombres pensamos, mientras las mujeres sólo buscáis el calor del hogar y el abrazo del amante.

**H.** Eres injusto conmigo, Paris. Yo siempre he estado a tu lado y al de tu familia, que ahora es también la mía. Yo te he animado al combate, he sufrido en la muralla contemplando junto a tus padres, el rey Príamo y la reina Hécuba, cómo luchabas contra mi primer esposo Menelao. He lavado tus heridas, he consolado tu derrota y he llorado la muerte de los tuyos como si fueran sangre de mi sangre. Eres injusto conmigo, Paris.

**P.** Cruel y fiera ha sido esta guerra. En ella han muerto los más ilustres guerreros de ambos bandos, mi querido hermano Héctor, príncipe entre príncipes, o el valeroso Aquiles, el de los pies ligeros, herido en su talón por mi flecha envenenada. ¡Oh dulce venganza la que me concedió Afrodita, mi benefactora! Hasta ese instante no podía mirar a la cara a Andrómaca, su esposa, ni a su hijo Asianacte. Hermano querido, por fin descansarás en el Hades, gracias a las súplicas de tu padre ante tu cruel verdugo.

Todavía recuerdo, como si fuera hoy, aquel día en el que salió de la ciudad tras despedirse de su esposa, con el yelmo de tremolante penacho sobre su cabeza, dispuesto a asestar un golpe definitivo al ejército griego, que entonces se replegaba y se refugiaba junto a sus naves, incapaz de repeler el ataque de los nuestros. Yo iba a su lado, sobre el carro que conducía mi auriga Eupito. Hacía ya mucho que no combatían los mirmidones comandados por Aquiles, parece que por desavenencias con el rey Agamenón, el jefe de la flota griega. Pero ese día aparecieron ante nosotros de nuevo dando alaridos y sedientos de sangre. A la cabeza iba Aquiles, o eso creíamos al ver sus armas, y Héctor no dudó en retarle a un combate singular. La lucha fue encarnizada: las lanzas volaron a través del aire y se clavaron en los escudos, las espadas al desenvainarse refulgieron y los dos contrincantes se abalanzaron el uno sobre el otro. Héctor golpeó fuertemente el pecho de su enemigo y éste cayó sin aliento en el suelo. Con la rodilla sobre su pecho mi hermano clavó la espada en su cuello y la sangre empapó la negra tierra.

**H.** No deberías recordar momentos tan crueles ahora que parece que todo ha terminado.

**P.** Pero el destino es caprichoso. Los dioses no protegían a los troyanos. Cuando Héctor retiró el yelmo a su enemigo, aquel rostro... No era el de Aquiles. Su amigo Patroclo lo había suplantado. De nuevo lo que podría haber sido el fin de las desgracias se convirtió en el origen de las mismas.

**H.** Pero eso no tiene que ocurrir siempre. Son caprichosos los vaivenes de la Fortuna. Sucedió lo que tenía que suceder y nada se podía hacer para evitarlo.

**P.** Ojalá hubiese sido Aquiles el muerto, no Patroclo. La gloria de mi hermano hubiera sido inmensa. Troya habría ganado la guerra y ahora tú y yo viviríamos felices, sin preocupaciones ni

sufrimientos. Pero la muerte de Patroclo fue también la muerte de mi hermano. Porque tras recuperar su cadáver los griegos y llevarlo junto a Aquiles, aquél juró vengarse y no paró hasta conseguirlo.

**H.** Sí, lo sé. Ese día yo estaba junto a tu madre Hécuba en lo alto de la muralla. Me pidió que la acompañara porque tenía un mal presentimiento. Vimos acercarse el ejército griego con Aquiles a la cabeza gritando como un león fiero el nombre de tu hermano: “¡Héctor, Héctor! ¿Dónde estás? Ven a matar al verdadero Aquiles, si es que el miedo no te impide enfrentarte a mí”. El empuje del ejército griego era tal que los nuestros comenzaron a replegarse y a huir a la ciudad. Sólo Héctor impasible permaneció ante las puertas de Troya esperando a su enemigo. Cuando Aquiles lo vio se detuvo en su carrera, resoplando como un león cuando acecha a su presa y está a punto de lanzar su último ataque. En aquel instante tu madre me abrazó con fuerza y llamaba a voces a su hijo pidiéndole que corriera a refugiarse dentro de la ciudad. Recuerdo que él levantó la mirada hacia nosotras sólo un instante, para luego echar a correr alrededor de los muros, como una liebre acobardada a la que persigue un lebel por los campos labrados. Aquiles iba tras él intentando darle alcance. Finalmente, tras dos vueltas a la muralla, Héctor, como si una divinidad le hubiera infundido el valor necesario, se detuvo y se volvió hacia su enemigo.

**P.** La lucha fue encarnizada. ¿Para qué recordarla? Al final mi hermano cayó sobre la tierra empapándola con su sangre.

**H.** ¡Ojalá nuestros males hubieran terminado ahí! Pero Aquiles no se había saciado suficientemente. Quería aún más aumentar su venganza ultrajando el cadáver de Héctor. Lo ató a su carro boca abajo y delante de sus padres, sus hermanos y su esposa lo arrastró tres veces alrededor de los muros de Troya. Me estremezco todavía al recordar los gritos desgarradores de Hécuba llamando a su hijo, o el llanto de su esposa, Andrómaca, contemplando a su esposo convertido en un amasijo de piel y huesos.

**P.** Crueles son los hombres en la guerra, que no cuidan las leyes divinas ni respetan las costumbres de sus padres. No entregó el cadáver para que le hiciéramos los obligados ritos. Se lo llevó al campamento aqueo para que los buitres y las aves carroñeras lo profanaran.

**H.** ¡Cómo puede ser tanto el odio de los hombres, tanta el ansia de venganza! ¡Espero que algún día todo esto se acabe!

**P.** Sí, también yo. Espero que nunca más un rey deba humillarse para suplicar la entrega del cadáver de su hijo, como tuvo que hacer mi padre Príamo. En medio de la oscura noche se acercó al campamento aqueo sin que nadie en Troya hubiera notado su ausencia y al llegar allí, con ayuda de algún dios -pues éstos nunca nos abandonan del todo-, sin que los centinelas lo advirtiesen entró en la tienda de Aquiles y se abrazó a sus pies con los ojos inundados de lágrimas.

**H.** ¡Cómo a veces el amor por los hijos es mayor que el orgullo y la soberbia!

**P.** Aquiles se conmovió al recordar a su propio padre y le entregó el cadáver de mi hermano para que lo llevase de vuelta a la ciudad. Por fin pudimos hacer los funerales siguiendo los ritos debidos. Héctor descansa ya en el Hades, y sus gestas serán recordadas junto con las de Aquiles por los poetas.

**H.** Lloré a tu hermano como si fuese el mío. Acompañé a su esposa y a sus padres en su dolor. Nada has de reprocharme. Esta guerra ha sido cruel, es cierto, y todos la hemos sufrido. Ahora es el momento de poner fin a tantos males y aceptar los regalos de los dioses.

**P.** Sí. Tal vez tengas razón. Ya han sido muchas las desgracias, muchos los muertos. Pero no puedo dejar de pensar en los griegos y sus estratagemas. Una vez Patroclo fue Aquiles, ¿no será el caballo un león fiero?

**H.** Deja ya de atormentarte. No ves que ese griego, un tal Sinón, ha explicado que el caballo se hizo para desagrar a Atenea, por haber robado los griegos el paladio troyano. Ahora arrepentidos se han marchado.

**P.** Se han marchado, sí, se han marchado. Pero nunca debieron haber venido. ¡Qué ambicioso es el hombre! ¡Qué caprichoso y egoísta! ¡Por buscar sus placeres causa las desgracias de los otros!

**H.** No te atormentes más, esposo mío. Si los dioses no hubieran urdido todo lo que pasó, nada de esto habría ocurrido. No son los mortales culpables, cuando siguen los designios divinos.

**P.** Ya. Pero no deja de ser la voluntad del hombre la que finalmente ejecuta las acciones.

**H.** ¿Voluntad? ¿Qué voluntad? ¿Acaso tú elegiste ser juez de las tres diosas? ¿Acaso no te manipuló la más hermosa entre las deidades?

**P.** Sí. Es cierto. De nada me sirvió tener una vida retirada en las agrestes florestas apacentando mis vacas, sin pensar en guerras ni en conflictos.

**H.** ¿Ves? Nada sucedió por tu voluntad. Los dioses causaron estos males.

**P.** Recuerdo todo aquello como un sueño. Aquellas tres mujeres tan hermosas no podían ser sino diosas. Luego me lo explicó el mensajero, el dios alado, Hermes. Eris, la Discordia, había arrojado una manzana entre las diosas durante las bodas de Tetis y Peleo, los padres del funesto Aquiles, para sembrar entre ellas el conflicto. La manzana tenía una inscripción: "Para la más bella". Como las diosas, Hera, Atenea y Afrodita, no llegaron a ponerse de acuerdo, piden a Zeus que sea él el juez de la disputa. Pero él rechaza el encargo para evitar males mayores y decide nombrarme a mí árbitro del certamen. A mí, un simple pastor que apenas sabía nada de la vida.

**H.** No deberían ser los dioses tan cobardes y dejar en manos de los hombres decisiones que a ellos

competen.

**P.** El caso es que los mortales no pueden rechazar los mandatos de los dioses, tal y como me dijo el Argifonte.

**H.** Por eso debes liberar tu corazón pesaroso y no pensar que esta guerra es culpa tuya o mía.

**P.** Fue difícil tomar una decisión. Las diosas intentaron sobornarme con regalos y promesas. Hera me garantizaba el poder sobre el mundo, Atenea salir invicto de cualquier batalla.

**H.** ¡Cuánto mejor hubieras escogido a alguna de ellas! ¡Tal vez Troya se vería libre de enemigos!

**P.** Pero no pude rechazar la oferta de Afrodita. Soy un hombre débil. Me prometió la mujer más bella de Grecia, si le entregaba la manzana.

**H.** ¡Funesta elección! ¡Cuántas veces la belleza es causa de los mayores males!

**P.** No digas eso. Yo he sido muy feliz contigo. Eres tan hermosa que hasta las mismas diosas te envidian. Lástima que tu hermosura sea deseada por todos y que moviera incluso un ejército entero para rescatarte.

**H.** ¿Rescatarme? Menelao, mi esposo, no me rescata a mí, sino su honra. Eso es lo que mueve a los hombres ilustres. No el amor, sino la honra. ¿No hay más mujeres en el mundo? ¿Acaso no ha gozado a otras en todos estos años? Ni siquiera cuando yo era su esposa se privaba de tener sus concubinas. Yo vine por mi propia voluntad. ¿Tanto vale una mujer que mueve ejércitos inmensos? ¡Ja! Sólo soy la encarnación de su honra, de su prestigio. Y viene aquí por orgullo, no por amor.

Pero tú debías haberme entregado la primera vez que me reclamaron. Todo esto se habría evitado.

**P.** Entonces pudo más el amor que la razón de estado. Todos los troyanos no sé si lo comprendieron, pero lo aceptaron; aun a sabiendas de que podría traernos muchas desgracias.

**H.** Ahora ya de nada sirve mirar hacia atrás. Nuestro amor está a salvo y debemos mantenerlo vivo para honrar a los que cayeron por él. Por fin, esposo mío, nuestros males se acaban y se atisba un rayo de esperanza para los troyanos. Todo habrá merecido la pena. Volverán a crecer las cosechas sobre la llanura ahora pisoteada por guerreros y caballos. Las aguas del Escamandro se harán cristalinas una vez que se retiren los cadáveres y se oirán de nuevo las risas de los niños correteando por las calles de la ciudad.

**P.** ¡Ojalá tengas razón, querida esposa! Ahora vayamos dentro de palacio, que la noche cubre ya de estrellas el cielo y los hombres están entrando dentro de la ciudad ese enorme caballo, regalo de los dioses. Ese caballo, que tal vez traiga por fin la paz a la ciudad.

*Se marchan agarrados de la mano y salen fuera de la escena. FIN.*